



JULIO RUIZ.

UN ESTRENO

Al continuar la audiencia, cuando el hujier, muy grave, hubo impuesto silencio al numeroso y escogido público que se había disputado las tribunas durante más de un mes, el presidente concedió la palabra á la defensa. Y Tillón, el novicio, que hablaba en aquel día por vez primera, y á quien las damas todas dirigían curiosas sus gemelos, irguió con gran mesura su cuerpo colosal, pasó la diestra por la espesa y leonina cabellera que le tenía orgulloso, alzó los ojos por santa inspiración encendidos, y con noble ademán dijo:

«Señores:

»No hay demencia más triste, ni más monstruosa acción, ni crimen más horrendo, que el del humano sér que se levanta contra aquel otro sér que le dió vida, y baña en propia sangre la parricida mano. Se conturba angustiada la mente; se pregunta, sin encontrar respuesta aclaratoria, cómo puede olvidar una criatura, estando en la razón, que si respira, si solaza su vista con los cuadros espléndidos del cielo, de los floridos campos, del gigantesco mar, de las bellezas que con materno afán á cada paso nos brinda la benéfica natura, se lo debe á aquel hombre que, desde la niñez, le acostumbraron á llamar con el nombre dulcísimo de padre, á quien le enseñaron á amar y obedecer, que dió á su cuerpo el tan sabroso pan y echó en su seno los gérmenes divinos de honor y de virtud; cómo puede olvidarlo hasta el extremo de armarse, y furibunda, derramando el insulto por los labios, la faz letal, los ojos injectados, truncar de un solo golpe, enérgico y certero, la existencia á que debe su existencia.

»Barbarie incomprensible, imperdonable, que nos hace dudar, desconsolados por la estupefacción, del fin supremo á que la humanidad marcha y aspira; barbarie incomprensible, imperdonable, que arranca ayes de espanto y de dolor á todo el mundo, que no halla en nadie excusa ni perdón. Y ese es el crimen de la mujer sentada ante vosotros. Es parricida, y sana en su razón; es parricida, y apenas si ha cumplido quince años; es parricida, sí: ella lo ha dicho, sin descaro, en verdad, mas con firmeza; y sin embargo, no caerá su cráneo en público cadalso, no pasará siquiera á vivir en presidio; saldrá de este recinto, libre, absuelta, que así lo leo en el alma del jurado.

»¿Quién se levantará contra ese fallo, conociendo los hechos?... Oidme. Seré breve, que la elocuencia sólo es necesaria cuando hay que defender; hoy sólo basta explicar. Magdalena Frisón, por quien peroro, nació de padres pobres y artesanos, al cabo de tres años de un matrimonio hasta entonces feliz. Su padre, Jaime, obrero fundidor, no vió en su hija más que una nueva carga, y, pocos meses después del nacimiento, entró bebido, iracundo, furioso, y en su locura quiso echar por el balcón á su consorte y al fruto de su unión.

»Desde aquel día, no hubo sábado alguno en que no hubiese parecida escena; era Jaime sa-

ñudo durante la semana, pero en el fondo bueno; el sábado, excitado por la embriaguez continua, era un malvado, *un loco*: nos lo ha dicho su esposa en su declaración. Esta mujer, Eufrasia Labastida, se había casado muy enamorada; humilde, afable, tenía por su marido un respeto tan profundo, que rayaba en la veneración: no podía ella censurarlo, ni menos conducirlo; sufría los malos tratos, las palizas; con su trabajo bien retribuido de bordadora en oro, reparaba las pérdidas que Jaime hacía á la caja, bebiendo en la taberna su salario, y educaba á su hija en el amor del padre, repitiéndola que, en su ruda faena, le era forzoso beber para animar sus fuerzas, y que una vez bebido, enloquecía y no era responsable de sus actos.

»Pero creció la niña, y—¡bien lo veis en su elevada frente, en sus ojos serenos, bien abiertos, en la delicadeza de la curva que forman los dos labios!—era de viva y clara inteligencia. Con la natural agitación de sus años, disgustaba á su padre, que en ella, sobre todo, quería cebar su rabia; nunca la dijo nada que no fuese cruel, ni estando ayuno; nunca la acarició ni la besó jamás. En cambio, su madre la amaba con frenético delirio, y se lo probaba siempre recibiendo los golpes del marido á la hija dirigidos, excusándola y amparándola.

»Magdalena, á los trece años, era ya casila mujer que veis, alta, robusta, llena de generosa sangre; respetaba al autor de sus días, mas no le amaba ni lo podía querer. Todo su afecto, y es inmenso, lo merecía su madre, á quien, en una enfermedad bastante grave, veló veintidos noches, sentada en una silla, cumpliendo los quehaceres de la casa, bordando, pues seguía el oficio materno con suma habilidad. Desde ésta época se nota un cambio en Jaime, que deja de beber durante algunos meses. Magdalena, que es grave, de suyo reflexiva y no apocada, le habló con seriedad; sin ofenderle, supo arrojarle al rostro su conducta fatal; y el padre, hombre de cincuenta y dos años, escuchó aquella voz, sintió vengüenza, prometió no beber. Ya lo he dicho: sólo fué por algunos meses.

»Luego volvió á beber y con más ansia que antes de dejarlo. Esta falta al prestado juramento hizo que Magdalena perdiese en parte el respeto que á Jaime había tenido. Y sin ocuparse de él, sólo cifró sus miras en que nada faltase á su madre, medio ciega de la pasada enfermedad, ya inútil é incapaz de ganar un céntimo. La cólera del viejo, sin razón aparente, recaía ahora en Eufrasia, y Magdalena, saliendo á su defensa, recibía los golpes á la madre dirigidos, pagándole así aquellos que por ella en un tiempo recibiera.

»El dictamen legal facultativo ha probado que Jaime tenía la mano dura. Hay en la espalda de mi defendida una ancha cicatriz, recuerdo eterno de una profunda herida practicada con un hierro sin punta, un día de ira terrible. Tiene un diente quebrado por la mitad, y en un tobillo otra herida, aun abierta, que la hace cojear. A pesar de esto, Magdalena

seguía respetando á su padre; y aunque es muy fuerte Magdalena, y pudiera haber lastimado á quien así la lastimaba, se ha probado que el cuerpo de éste no tenía la más ligera equimosis

»Es que, sino comprendía, como su madre, la necesidad de beber que tenía Jaime, lo excusaba y lo perdonaba con la vasta conmiseración de su pecho; pues lo habeis oído, y acaso por vez primera en los anales de la criminalidad europea, un parricida ha tenido sólo testigos en defensa; en vano ha llamado voces la acusación para que atestigüasen contra la culpada: ni una sola se ha elevado para ello, y no hay una, sea de hombre ó de mujer, que no haya dicho cuán amante hija era con su madre, cuán amable y tierna con todos, cuán caritativa para con sus vecinos pobres, cuán complaciente con los niños, que familiarmente la llamaban la *madrecita*.

»Pero llegamos al momento fatal. Era en Diciembre, en la noche del 15 al 16. Sin que luciesen los intermitentes reflejos del relámpago, el rumor vago de lejanos truenos se oía de vez en cuando; y del cielo sombrío que envolvía en densa niebla los tejados, se desprendía una lluvia menuda y persistente, enlodizando las calles solitarias. Como siempre, Eufrosia y Magdalena esperaban al jefe del hogar, pues era un sábado, día de paga en la fábrica. Estaba Magdalena sentada á su labor, dando la espalda á la puerta de entrada. Os ruego la mayor atención, que no hay detalle por insignificante que parezca, que no sea capital para el caso.

»La madre, Eufrosia, paseaba por el cuarto, más que nunca alarmada, pues eran ya las dos de la mañana, y aunque era fría la noche, tenía del todo abierta la ventana, á la que se asomaba á cada instante. Oye de pronto pasos y dice: «Ahí está ya», exhalando un suspiro. Jaime entraba, en efecto, y ¡cosa rara! en el mayor silencio. Pasó por detrás de Magdalena y fué á sentarse á la mesa, pidiendo que comer. Le habían guardado la sopa; no había fuego. La hija se levantó; cogió un hachita para par-

tir madera y encender al momento. Estaba entonces de rodillas delante del hogar; veía á su madre colocada á dos pasos, mas no veía á su padre.

»De pronto oyó un rugido como de animal feroz, pasos pesados de un cuerpo vacilante, una palabra obscena que no es dable decir, y, alzando al punto la cabeza, oyó un ¡ay! y vio rodar á Eufrosia por el suelo, sangrando, herida en la garganta con un tijeretazo, herida horrible que bien podía abrir paso á la vida. «Al fin reventó», dice en esto el anciano. Y entonces Magdalena, loca al ver á su madre exánime por tierra, creyéndola cadáver, rugió como una hiena, y gritó: «¡Bruto, bruto, borracho!»

»Y marchando hacía el viejo, con el hacha que no había soltado, sin decir nada más, le hendió la frente; luego se desmayó.

»Ahora, señores, su madre está en el hospital hace tres meses; convaleciente, espera el único consuelo de su vida, á su cariño solo, al adorado fruto que en su seno llevó; no hay para ella sosiego en estos días, no pasa hora sin quederrame lágrimas, pensando en la criatura que gime en la prisión; sueña con ella y en sus sueños la llama «mi hija, mi amor, mi dulce prenda»; esto es decirlo que la madre la absuelve y la perdona; también la absuelve Dios; que ha declarado aquí su confesor y con denuedo ha dicho ante ese Cristo que la juzga inocente. En fin, vosotros que teneis corazón, que no apreciáis sino con él, la habeistambién absuelto ya. Dadla pues, libertad, dadla el consuelo de abrazar á su madre y sostenerla en su avanzada edad; dadla el consuelo de ir á postrarse humilde ante la tumba del autor de sus días y pedirle perdón; que hablará el muerto y la perdonará.»

Nada más dijo el novicio Tillón, pero las damas lloraban convulsivas, las tribunas aplaudían con estruendo, y el Jurado fijaba en Magdalena unas miradas tan suaves y sentidas, que eran claro y seguro indicio de la absolución por todos reclamada.

L. GARCÍA-RAMÓN.

LA INAGUANTABLE HABLADORA

Gústome un cuarto tercero de la calle de la Bola, y bajé, pronto á alquilar'e, una escalera tras otra.

Hallé al paso á la portera que ya, lenguaz como todas (menos cuando la justicia de hechos que han visto se informa),

antes de tomar las llaves, la facil palabra toma, y esta relación me suelta, como quien suelta cien bombas:

—Sin que usted me diga cada, sé que el cuarto le acomoda... ¡Qué sala, qué gabinetes,

y qué cocina y qué alcobas!...

«Pues además, caballero, sépalo usted desde ahora tendrá usted unos vecinos que son muy buenas personas.

»En el entresuelo vive don Melquiades Lanzacorta, comandante de lanceros, que hoy es jefe de remonta, y tiene tres hijas guapas y una mujer muy graciosa, que reciben... en visita á mucha gente de tropa.

»En el principal, un viejo que sufre un poco de gota

y tiene una ama de llaves

que es una soberbia moza, que le hizo hacer testamento, porque se ha olido las onzas y quiere que á los sobrinos no les deje ni una mota.

»En el segundo derecha, vive una viudita sola, que anda siempre de bureo y ella dice que de compras.

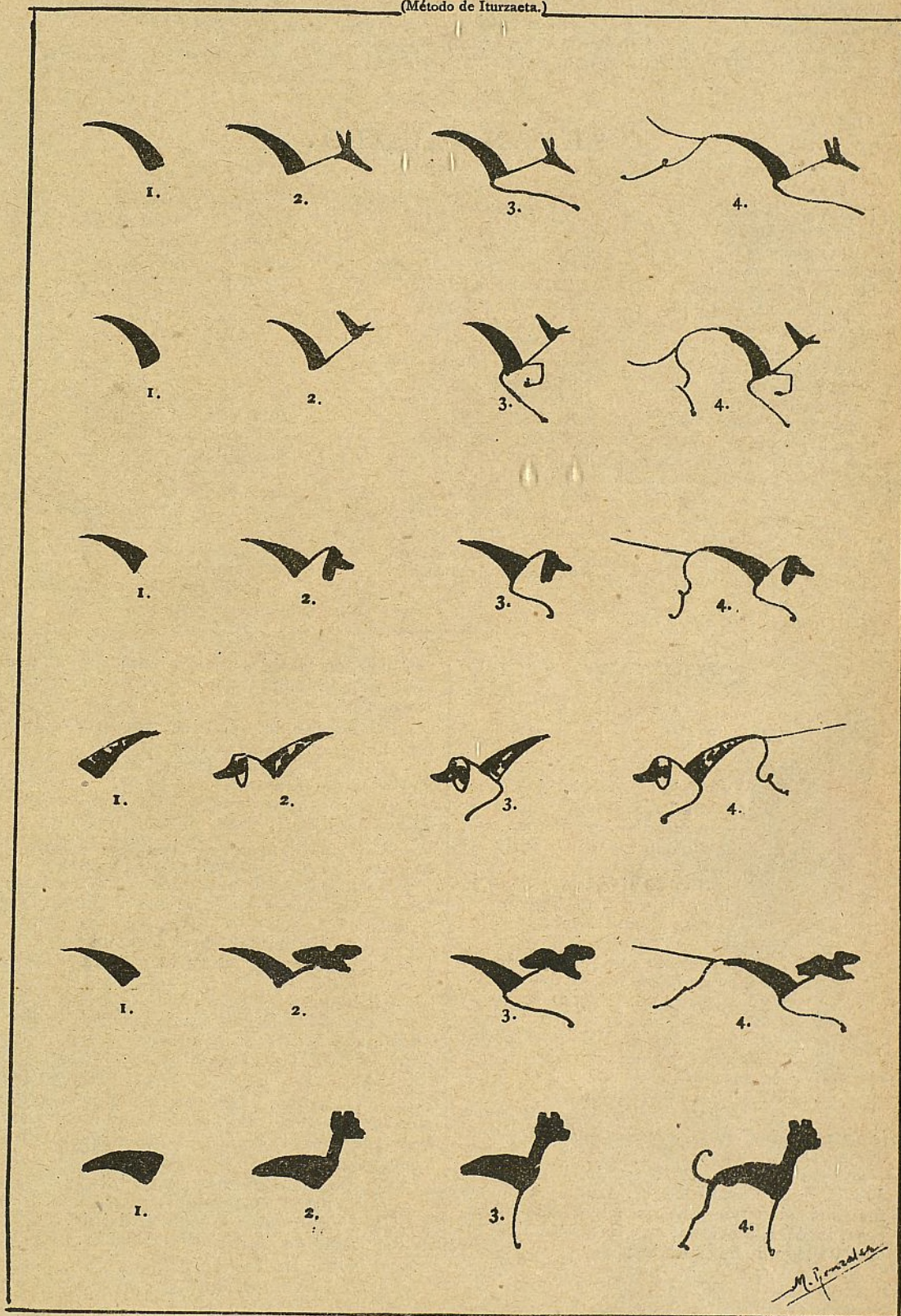
»En el de la izquierda, un primo de una actriz de estas *por horas*, muy vestidas en la calle y en el teatro sin ropa.

»Al lado de usted... ¡Pues digo!

DE ACTUALIDAD, POR BLANCH.



EL ARTE DE HACER PERROS, POR MELITÓN GONZALEZ.
(Método de Iturzaeta.)



Si es usted amigo de broma,
va usted á divertirse mucho
con las niñas de Mazorra.

»Son cinco, y las cinco cantan
ó tocan alguna cosa,
y los sábados reciben
y arman unas ¡que da gloria!

»Así se distraen los pobres;
pues, por lo que oigo á la Eustoquia,
la cocinera, comprendo
por qué esas chicas no engordan.
«En el sotabanco...»—¡Basta!
grité al fin, harto de historias;
y ahí quedan los pisos altos,

pendientes de aquella boca.
Boca de manga de riego,
que inunda, y mancha, y enloda,
cuando da pesto á su lengua
la inaguantable habladora.

EDUARDO BUSTILLO

EL PAN NUESTRO...

Hizo Adán la felonía,
y desde el instante aquél,
todos nos ganamos él
pan nuestro de cada día

Si Adán no llega á faltar
y el divino encono ahorra,
viviríamos *de gorra*,
á gusto y sin trabajar.

Lo quiso la suerte loca
y el castigo es evidente.
Tiene que sudar la frente
lo que entra por nuestra boca.

Y no hay apuro ni afán
que en el hambre no cifremos.
¡No hay riesgo que no afrontemos
por el mendrugo de pan!

¿Que un orador chilla y pide
libertad amplia y completa?...
No hay tal cosa: es *la libreta*
la que sus actos preside.

No es que sus frases aborden
el bien de la humanidad:
es que *come libertad*,
como otros *comen del orden*.

El incomparable actor,
que con arte peregrino
ora se finge asesino
ora egregio emperador,
muestra su talento vario
y finge placer y pena,
porque se busca en la escena
un panecillo diario.

El militar aguerrido,
que, por la causa que sea,
lanzándose á la pelea
lucha y vence decidido,
no es que por la patria amada
se interesa ni se amosca:
¡es que defiende *la rosca*
con la punta de la espada!

El incansable Doctor,
que junto al enfermo inerte
le dá largas á la muerte,
calmando agudo dolor,
no es que por amor cristiano
muestre cariñoso afán:
es que se queda *sin pan*
si se muere el parroquiano.

¡Sacro fuego, inteligencia,
en vano aguardais coronas!
¡En cerrando las tabonas
se acabaron arte y ciencias!
No habiendo pan, *no hay de qué*.
¡Hasta la forma divina
del altar se hace de harina,
porque alimente la fé!

Gloria, laurel... Necio afán
que ninguno comprendemos.
¡Los hombres todo lo hacemos
por el pedazo de pan!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LENGUAS



DESDE la confusión de Babel
hasta la confusión de ideas
que reina ahora, ha ofrecido
gran importancia eso de las
lenguas.

Dios castigó la soberbia de
los hombres armando un lío
de idiomas que ni Él mismo lo
entendió.

Un prójimo cualquiera le pedía
á otro unos zapatos, y éste le lle-
vaba un gorro. *Fulano* le pedía
cinco duros á *Zutano*, y recibía
cinco puntapiés. Bajo este punto
de vista, fué una ventaja la con-
fusión.

Nadie se entendía.

Y aun hoy, á pesar de tener
lengua madre, los españoles no nos enten-
demos.

El que presume de instruido debe poseer
dos lenguas, cuando menos. Las hijas de las
familias más pudientes, aprenden varias: fran-
cesa, inglesa, alemana, etc. Las aprenden to-
das, y luego no hablan ninguna.

Tengo, en cambio, una parienta que no usa
más que una lengua; pero es viperina y vale
por cuatro.

Las ventajas de unas lenguas sobre otras
han dado lugar á serias discusiones.

—A mí, que me den la inglesa,—dice uno
que anda muy deprisa.

—¡Error!—contesta otro.—La lengua fran-
cesa es la más deliciosa.

—Pues á mí, una corista italiana me enseñó
la suya, y no creo encontrar otra igual.

—No haga usted caso. Todas las coristas
las tienen idénticas. ¿No ve usted que cantan
lo mismo?

—¿De qué se habla?—pregunta un intruso.

—De lenguas. ¿Cuál es la que usted pre-
fiere?

—La de buey.

—Pues yo las de gato, mojadas en té,—dice
otro que tiene *lengua de estropajo*.

Entonces se levanta un *lingüista*, y exclama:

—Señores, hoy se les ha desatado á ustedes
la lengua, hablando de todo lo que no nos in-
teresa. Entiendo, pues, señores, que debemos
volver á nuestro tema: lenguas consideradas
como idiomas.

—¡Nosotros no entendemos nada!

—¡Calle usted, *deslenguado*!

—¿Y á usted quién le mete á dirigir?

—Es usted una *lengua de escorpión*.

—¡Que se le va á usted la lengua, y como yo no tengo pelos en la mía!...

—Ni yo me la muerdo tampoco.

Y así continúa la disputa, hasta llegar á un *restaurant*, en donde ambos contrincantes, para celebrar las paces, se hacen servir unas *lenguas* deliciosas y un *lenguado* excelente.

Varios diputados, según dicen *malas lenguas*, para conseguir el cargo, han tenido que *hablar con lengua de plata*.

—¿Sabe usted—me decía un sacristán—por qué han podido ir tantos peregrinos á Roma?

—Porque tendrían dinero.

—Y lengua. *Quién lengua há, á Roma va*. Pero es el caso que muchos han vuelto sin dinero, y con un *palmo de lengua fuera*.

Hay quien se pasa la vida estudiando las lenguas primitivas, diferenciándolas de las derivadas, y averiguando cuáles fueron aisladoras, y cuales aglutinadoras.

A otros les da por las orientales, y se desorientan muchas veces.

Las muertas, sólo pueden subsistir en los cementerios.

Iba á decirles á ustedes una cosa que tenía en la *punta de la lengua*, y que no recuerdo.

Pero me parece que ya he dicho bastante, ó demasiado, para cansar á los lectores. ¡Qué le vamos á hacer! Soy *suelto de lengua*, y voy á atármela.

Si han leído con paciencia estas líneas, me *haré lenguas* de la amabilidad de ustedes.

JUAN DE LA CRUZ FERRER.

LA COLA DEL DIABLO

He oído que Lucifer, dando pruebas de tener costumbres un tanto... toscas, con el rabo espanta moscas cuando no tiene qué hacer; distracción que yo ni alabo ni censuro; al fin y al cabo, ¿qué le importa eso á la gente? ¿no es libre completamente el usufructo del rabo?

No tendrá ese buen señor á las moscas gran horror, sí, como el cuento revela, sólo en sus ociosos apela á ese extremo... posterior. Quizá en su palacio ignoto, poniendo á sus gustos coto, sólo el rabo desenrosca cuando *le pica la mosca*, por no armar un alboroto.

Quizá su paciencia es tanta que de las moscas aguanta la molestia, baladí considerándola, y sólo con el rabo espanta á pretendientes eternos, charlatanes sempiternos

y políticos hambrones; es decir, á los moscones que bajan á los infiernos.

Quizá cuando en la sombría región les da la manía de pegar, lo general es emplear la cola, igual que en cualquier carpintería. Pero, aun siendo Luzbel cruel, quisiera yo ser lo que él; porque ¿qué mosca no expone la vida, si se le pone en la nariz á Luzbel?

Yo le envidio, y con razón: mi pobre imaginación á dar al traste no acierta con una mosquita muerta que parece un moscardón: una beata de oficio que me va á sacar de quicio; no muy pobre, pero en punto á edad, Matusalén, y en punto á hermosura, Picio. ¡Qué mosca! ¡Me desespera! Y yo no encuentro manera que me siga de evitar: no la he podido espantar

¡ni espachurrarla siquiera! Si yo fuera sólo un día Lucifer, la deshacía.

¡Ay, si yo tuviera cola, como mi gato de Angola, para matar á esa arpia!

¡Ay, si yo de Lucifer llegar pudiera á tener las formas feas y toscas... para espantar á las moscas cuando no hubiera que hacer! ¿Por qué causas especiales, Dios, á mí y á mis iguales, nada nos dió para atrás y se lo dió á Satanás y á otros muchos animales?

¡Quién con un rabo contara que á las moscas espantara! ¡Ay, si yo un rabo tuviera, para que esa mosca huiera en cuanto se lo enseñara!... Pero... perdona, Señor. Perdóname, por favor, cuanto de decir acabo... ¡Si se le enseñara el rabo puede que fuera peor!...

FERNANDO SEGURA

LA VICARÍA.

Según es quien la visita y según es el objeto que llevan los visitantes, su intención y su deseo, toma formas tan distintas y tan distintos aspectos, que ya es zaguán de la gloria, ya antesala del infierno.

Doncella que sólo tiene

de su doncellez recuerdos y llega á la Vicaría conducida por un viejo, que *esp-oso* será de nombre y *oso* no más por los hechos, hace de tal oficina cuarto de actriz, con objeto de disfrazarse de honrada, mientras le convenga serlo.

Para muchacho que va porque ha tragado el anzuelo, que nada sabe del mundo, ni sabe lo que es aquello, y va con primos y suegra que oficia de canchero, para ese es la Vicaría antesala del infierno, y si entra se da á los diablos,

LA SEMANA CÓMICA
CAVILACIONES.

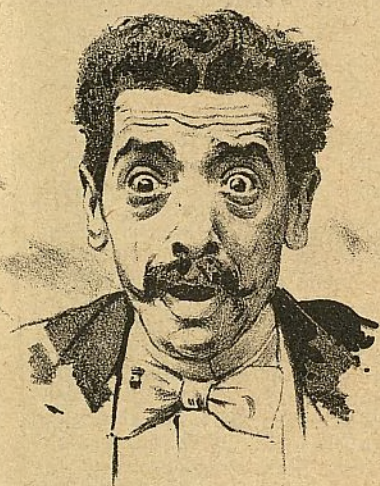
Poses y composición de Julio Ruiz, dibujado con fotografías de Audouard, POR RENAU.



Yo vivía feliz



cuando una idea acudió á mi mente,



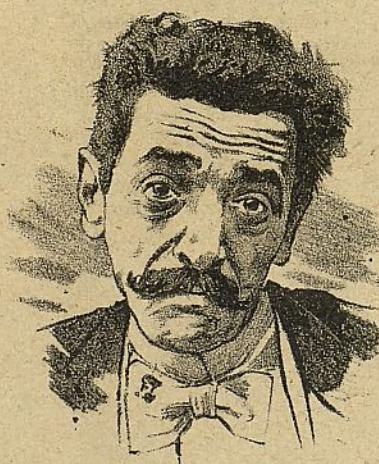
llenándome de asombro.



¡Aquella idea turbó mi existencia!



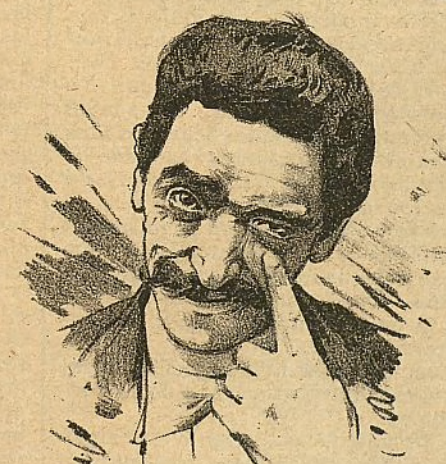
Pero, reflexionándolo,



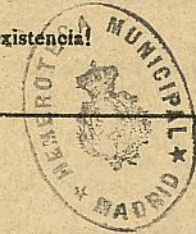
dije: ¡pshé!



A mí ¿qué me importa?



¡Si yo lo veo todo!



estos le toman el pelo
y le ponen en la frente
la señal de los del gremio.
Aristócrata arruinado,
que busca en el casamiento
lo que perdiera en orgías
y vergonzosos recreos,
entra allí como quien entra
al despacho de un banquero;
firma porque alguien le da

por aquella firma precio,
y las letras de su nombre
hace letras de comercio.
Si alguno va por amor
y si lleva, por ejemplo,
á una graciosa morena
de ojos rasgados y negros,
que acarician al mirar
y ofrecen *la mar* de besos,
entonces la Vicaría

es el camino del cielo.

Y, en fin, en todos los casos
suele ser un aposento,
en el cual hay un estante
con muchos libritos viejos,
una mesa y un vicario,
casi siempre de mal genio,
que casa á todo el que va
y cobra los casamientos.

EDUARDO GARCÍA.

La Señora de Rosablanca.

Traducido expresamente para LA SEMANA CÓMICA.

I.

—Sí, amigo mío;—exclamó la señora de Rosablanca, cerrando su abanico violentamente;—desearía que me ocurriera algo extraordinario, algo que rebasara los límites de lo vulgar que me rodea por todas partes. Me fastidia soberanamente esta existencia monótona... En el bosque hay un recodo que veo todos los días, antes de comer, y en el cual hay siempre un caballero, que me saluda de un modo tan cortes como insoportable... ¿Daría cualquier cosa por no ver al caballero, ni pasear por el recodo del bosque! Todos los bailes á que asisto son iguales. Todas las comidas á que me invitan son idénticas, tanto en lo que se refiere á los gestos y conversaciones de los invitados, como en lo que atañe á los platos que componen el *menú*. Nuestros cocineros son como nuestros poetas: les falta imaginación; de lo que resulta que los estómagos más delicados acaban por estar hambrientos de sopa de coles. Tocante al amor, estoy convencida de que en todas partes es lo mismo. Las mujeres que cambian de amantes, se toman un trabajo inútil. No hay otra variedad que la de decir «Enrique», en vez de «Carlos» ó «Avelino». Yo soy amada, puesto que no soy fea. . . Pues bien: á todos los que me adoran se les ocurre la idea de enviarme ramilletes, que unas veces son de rosas ó gardenias y otras de.... gardenias ó rosas. Y todos los ramilletes salen de casa de la misma florista y ostentan en su envoltura la misma estampilla de lacre azul. Parece que todas las pasiones que inspiro están sujetas á un régimen inalterable, como el que se usa en los presidios y en los cuarteles... ¡Oh! me desespera tanta monotonía...

Hizo la hermosa rubia una pequeña pausa, acertó la distancia que la separaba de su visitante y prosiguió:

—El deseo de salir de este círculo de vulgaridades en que vivo, me hace á veces pensar hasta en el crimen... Producir en la multitud un movimiento de asombro, de estupefacción, es mi sueño dorado, sueño que acaricio muchas noches, mientras finjo escuchar, desde mi palco de la Ópera, el dúo de *Los Hugonotes* ó el aria final de *Norma*, y mientras que, desde todos los ámbitos de la sala, me saludan los hombres y me critican despiadadamente las

mujeres... Todo esto que digo le parecerá á usted una colección de extravagancias ¿no es verdad? Pues bien: seré todo lo extravagante que V. quiera y le proporcionaré un motivo más para que me aplique ese calificativo. Fíjese usted bien en lo que voy á decirle ahora... Yo, que tanto he hecho sufrir á los galanteadores de más fama; yo, que me he mostrado insensible, en muchas ocasiones, á las más ardientes súplicas y á las promesas más halagadoras, no podría negar un sentimiento de gratitud eterna al hombre que, por cualquier rasgo de ingenio, llegara á crear á mi alrededor una atmósfera de curiosidad y me hiciera objeto de la admiración de la muchedumbre...

—¿Aunque ese hombre fuera yo?—preguntó tímidamente el señor de Cerigny.

—Si ese hombre fuera V.,—replicó la señora de Rosablanca—mi agradecimiento sería... ilimitado.

Y después de pronunciar estas frases, envolvió á su interlocutor en una mirada enloquecedora.

II.

Dos meses más tarde, era objeto de todas las conversaciones el robo cometido en una de las principales joyerías de París; robo atrevidísimo, pero que nada tenía de original... Un hombre, que rompe con el puño el cristal de un escaparate, que se apodera de la alhaja de más precio, que huye después y que es alcanzado por la policía... Pero había corrido la voz de que el procesado iba á manifestar el motivo que le obligó á cometer el robo, y decíase también que este motivo era una pasión violentísima inspirada por una hermosa dama de la sociedad elegante.

La historia de aquel amor desgraciado, cuyo epílogo iba á ser una condena de los tribunales de justicia, se refería en voz baja y daba lugar á comentarios animadísimos... El ladrón era un joven tapicero que, trabajando en casa de la señora de R..., sintió por esta distinguida señora una de esas pasiones volcánicas que hacen perder la razón, y que son tanto más terribles y avasalladoras, cuanto mayor es la distancia que separa al adorador y á la mujer adorada con delirante frenesí. El primero veíase obligado á ahogar aquel amor ardiente y á contentarse con mirar desde lejos al objeto de sus ansias. Mudo, pálido, temblando de emoción, poseído de abrasadora fiebre, seguía á su ídolo por calles y paseos; y después de al-

gunas horas ó de algunos minutos de felicidad contemplativa, regresaba á su zaquizamí borracho desensaciones, sediento de caricias apasionadas... Cierta noche, en que la señora de R. iba escoltada, como de costumbre, por su humilde adorador, ocurrió una cosa que fué origen del robo cometido por aquel pobre diablo. La hermosísima dama se detuvo ante el escaparate de una joyería y fijando sus ojos en un collar de perlas que llamaba poderosamente la atención de los transeúntes, exclamó, dirigiéndose á una de las amigas que la iban acompañando:

—¡Qué alhaja tan magnífica! Sería feliz si la poseyera... Pero no puede ser... ¡cuesta mucho dinero!

El pobre diablo oyó estas frases, dichas con acento de tristeza, y la idea de apoderarse de la joya le dominó de tal modo, que no comió ni durmió hasta realizarla.

Tal era la historia que se refería en voz baja y que daba lugar á comentarios animadísimos... El vulgar ladronzuelo convirtiéndose en una especie de héroe y algunos periódicos *ilustrados* publicaron su retrato y su biografía. En realidad no era guapo, ni mucho menos, pero á la gente le dió por afirmar que tenía cierto parecido con un famoso tenor... En cuanto de la dama por la cual se cometió el robo, no hay que decir que, durante algún tiempo, fué la más admirada, la más envidiada, la más célebre de las mujeres.

El día en que se celebró la vista de la causa, la sociedad elegante invadió la sala de Justicia. Un murmullo de curiosidad resonó en el amplio salón al anunciarse la entrada de la se-

ñora de Rosablanca que iba á declarar como testigo. La hermosa rubia, vestida con elegante sencillez, contestó con naturalidad á las preguntas que se le hicieron.

No recordaba haber visto, al procesado, pero sí las frases pronunciadas por ella ante el escaparate de la joyería... ¡Cuánto sentía haberlas dicho! Mas, ¿quién iba á figurarse?... ¡Pobre hombre!... Confiaba en que el Jurado sería indulgente con aquel infeliz...

Al decir esto, fijó en el reo una compasiva mirada y salió de allí con paso reposado, para prolongar todo lo posible las muestras de admiración que le prodigaba el público.

III.

—¿Está V. satisfecha de mi mentira?—preguntó aquella noche el señor de Cerigny, estrechando la mano de la que idolatraba y dejando asomar á sus ojos una humilde petición de recompensa.

—Sí,—respondió ella sonriéndose.—No carece V. de ingenio para romper la monotonía de mi vida con farsas de éxito seguro... Pero creo que ha faltado un detalle... un detalle que hubiera dado al proceso mucha más sensación de la que ha tenido.

—Usted dirá—exclamó el impaciente adorador.

—No hubiera estado de más—dijo la señora de Rosablanca con acento tranquilo—que ese infeliz, al cometer el robo, hubiese asesinado al dueño del establecimiento.

CÁTULO MENDÉS.

LA MORAL DE LA HISTORIA

I

José Serna fué empleado por no sé qué coincidencia, ó porque tuvo influencia con el ministro de Estado; pero al mes escasamente de conseguir el empleo, le mandaron á paseo por el motivo siguiente:

II

Él, que tiene la manía de empinar un poco el codo y que se pasa beodo la mayor parte del día, cree que falta á su deber y que hace un gran desatino si tiene á su alcance el vino

y se pasa sin beber; y como buen adalid del vino y el aguardiente, es asiduo concurrente á las tascas de Madrid.

III

Cierta día, José Serna, cual tenía por costumbre, por matar la pesadumbre se metió en una taberna, y hallando á su amigo Rubio, habló todo cuanto quiso de Adán y del Paraíso y de Noé y del diluvio; por cierto que hizo su agosto alabando de Noé el talento, porque fué el descubridor del mosto.

—¿Quién, dice, á negar se atreve su talento colosal?

¿Quién hizo un invento igual en el siglo diez y nueve? Y brindando por su ciencia, exclamaba el buen José:

—¡Bendito sea Noé y toda su descendencia!

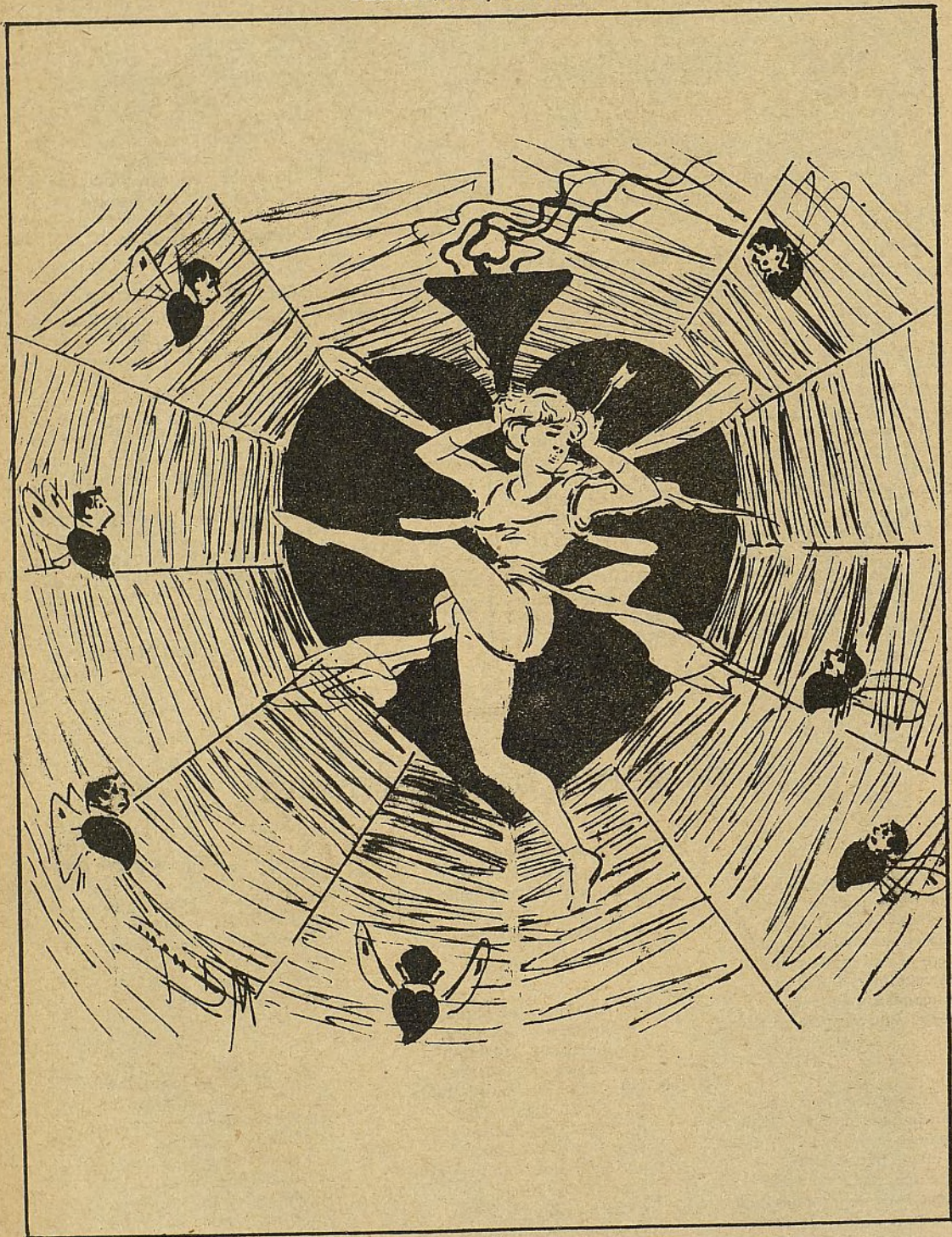
IV

Cuando estuvo harto de vino, se fué borracho al despacho; mas viendo que iba borracho, le quitaron el destino.

Y apenas cuerdo se vió, exclamaba José Serna: —¡Maldiga Dios la taberna, y el vino, y quien lo inventó!

FRANCISCO CAPELLA.

TELARAÑAS, POR LUQUE.



Mosca que es, por sus artes,
mosquita muerta
y protege á la industria,
tejiendo telas
¡telas de araña
que chupan y no sueltan
á aquel que agarran!



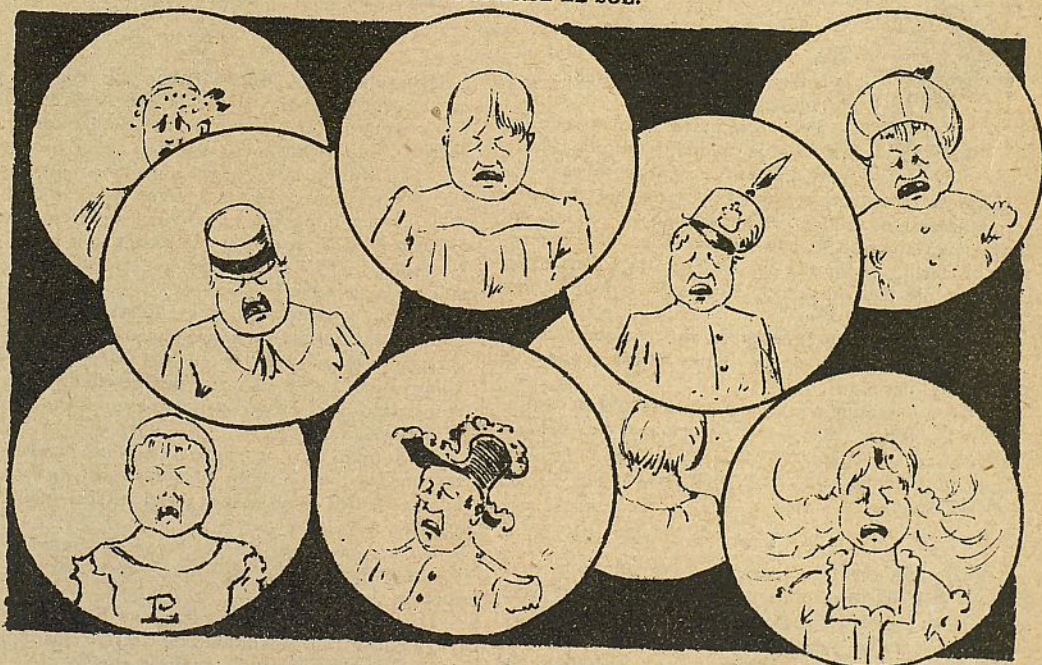
LA GENTE MENUDA, POR LAGO.

AL SALIR EL SOL.



[Buenos días!]

AL PONERSE EL SOL.



[Buenas noches!]

DESPEDIDA

A JOSÉ FERNANDEZ DE LA REGUERA

I.

¡Cuánto siento marcharme! ¡Si usted supiera...
mi querido Fernandez de la Reguera!

II.

Por tratarles á ustedes, dejé mi nido,
en la tierra bendita de los rosales,
arrojando mis penas en el olvido
y arrojando en mi bolsa treinta reales.
¡He dejado Valencia por Barcelona!
¡Yo, que soy una lapa del Miguelete!
Mas mi amor á lo bello todo lo abona.
¡Hay aquí tanta *noya* de rechupete!
Crea usted que estas chicas son el demonio;
son tan resandungueras, que hoy yo quería
cantar *Las tentaciones de San Antonio*
en medio del paseo de la Gran-via.
¡Qué muchachas! ¡Me gustan de una manera,

Barcelona 17 de Marzo.

mi querido Fernandez de la Reguera!...

III.

Pero no es esto solo; la tierra noble,
donde brota el ingenio que me cautiva,
tiene para el *ripiero* belleza doble
y más si es que le gusta la *Morta-viva*.
Esta tierra sagrada, donde se acuña
el oro con troqueles de inteligencia,
es la gloria, la perla de Cataluña,
hermana de Baleares y de Valencia.
Yo la admiro, entusiasta; con fé la adoro
y al dejar sus paseos triste suspiro....
¡Me dieron la salida! me voy al foro,
y maldigo al traspunte, mas me retiro,
dejando entre sus muros el alma entera,
mi querido Fernandez de la Reguera!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE.

CHIRIGOTAS



A mi estimado colega *La Esquella de la Torratxa*, pertenecen los siguientes párrafos, que traduzco y agradezco:

«Yo no sé quien se encarga de discernir si la lámina publicada en un periódico es ó no pornográfica.

Expreso esta duda, porque estoy verdaderamente escandalizado. Si, señores: escandalizado de que una lámina, reproducción de una obra artística, muy conocida por cierto, y publicada por LA SEMANA CÓMICA con el título de *Las dos perlas*, haya sido objeto de una denuncia.

Si este criterio prospera, queda anticipadamente condenado todo un ramo de las Bellas Artes: el ramo de estudios al desnudo.

Y hasta temo que el día menos pensado sean denunciados D. Jaime (obispo de Barcelona) y el cabildo eclesiástico, por conservar en la Catedral la imagen de Santa Eulalia, crucificada y poco menos que enteramente desnuda.

Quiere esto decir, que para juzgar de un modo conveniente en esta clase de asuntos, lo primero que se requiere es tener criterio.

Láminas habrá que representarán mujeres vestidas y serán más indecentes, por la malicia que entrañan, que cualquiera reproducción de una obra artística, representando un desnudo sin la menor veladura,

Y los que, por ejemplo, se muestren escandalizados ante la Venus de Milo, serán dignos de lástima; porque demostrarán, ó bien que incurren en el vicio de la hipocresía, ó bien que son extremadamente sensibles á los efectos de la pornografía, montones de carne inflamable, más dignos de tomar duchas frías, que de ejercer autoridad y proporcionar disgustos sin ton ni son.»

✱

Habla un colega de la silba con que acogió el público al estreno del sainete *Los Belenes*, y dice:

«Los autores de Madrid parece que han formado una sociedad de estrenos mútuos (*¿cómo serán las sociedades DE ESTRENOS MÚTUOS?*) pues ellos tan solo, con raras excepciones, abastecen los coliseos, y por lo tanto, inútil es que los que están en provincias presenten obras á las empresas. Y ¿es que lo que se hace por acá no sirve? No señor; aquí hay autores que escriben mejor que muchos *cortesianos*.

«... Yo conozco algunos escritores que valen y que tienen obras escritas con gracia y buen sentido (cosa de que carecen la mayoría de las que nos traen de la coronada villa y que suelen pasar... desapercibidas merced al entusiasmo de la *claque*) y dichos autores ¡no consiguen ni que se lea su obra!»

Conformes, de toda conformidad, en que casi todas las obritas que, de algún tiempo á esta parte, nos vienen de Madrid como cosa excelente, son malas, malísimas.

Pero... ¿me hace Vd. el favor de decirme cuales son esos autores, de aquí, que saben hacerlo mejor que los de allá?

De los que escriben en castellano hablo.

¿Tiene Vd. la amabilidad de citarme sus nombres? ¿qué obras han escrito? ¿cuántos son?

Por lo visto, hay todavía seres cándidos que creen en los *obstáculos tradicionales* en materia de teatros.

Y no saben que la época de los genios postergados pasó ya hace rato, para no volver; que hoy el que vale se impone, y que el día que en Barcelona, ó en Badajoz ó en Torredembarra haya más y mejores autores que en Madrid, más que los autores madrileños adquirirán provecho y fama los de Torredembarra, Badajoz ó Barcelona.

✱

Según la prensa de estos días, ha llegado la hora de que los hombres políticos piensen seriamente en «la gran natilla», como dice un diputado ministerial, hablando de Cuba y por decir «la gran Antilla».

Al fin y al cabo, no por estar *ausente* Cuba de la península, deja de ser una provincia más. Sucede con esto lo que con el punto, ó ápice ortográfico, que forma parte de la *i* latina aunque está separado de ella.

La pensaría no se cansa de llamar la atención hacia los problemas económicos y administrativos de España y de sus Indias bravas.

✱

Y, en efecto: aun no se han abierto las Cortes y ya hay muchos padres de la patria estudiando con alma y vida las vicisitudes del golfo.

Del gofo de Méjico, se entiende.

—Si señor—dice uno en pleno salón de Conferencias—muy importantes son los asuntos peninsulares, pero lo son mucho más los ultramarinos.

—Y el comercio de drogas.

—No gaste Vd. guasas; es preciso quitar á Fabiè y nombrar ministro de Ultramar *ad hoc*.

—¿A quién ha dicho Vd?

—A cualquiera que se decida á pasar el charco para ver con sus propios ojos lo que pasa.

—Eso hizo un ministro de la República... y ya sabe usted lo que sucedió.

—No señor; no sé nada.

—Pues que se embarcó para América y cuando llegó allí ya no había ministro!

—¿Murió en el viaje?

—Ca; no señor; es que llegó su cesantía antes que él.

✱

No sabemos si saldrá algo bueno de este celo elevado al cubo ó, por mejor decir, elevado á Cuba.

Los diputados antillanos moverán la liebre; y saldrán á discusión los mandos civiles en Ultramar, la inmoralidad administrativa, el bandolerismo indígena, las tentativas codiciosas de los Estados Unidos, la cuestión monetaria y el proyecto de conversión de la Deuda.

Esta conversión va á dar que hablar casi tanto como la de San Pablo; pero una y otra no tienen de común más que el nombre.

Aquella fué una conversión al Cristianismo.

Y esta... esta va á ser al *paganismo*, según se teme.

✱

Merece felicitaciones la empresa del teatro Calvo-Vico por el bien acierto que ha demostrado al poner en escena el drama de D. J. de Gassó Suarez: «*El guardián de los muertos*», estrenado con aplauso hará unos diez años en el teatro Español, si mal no recordamos.

La obra sigue gustando y el público que acude al teatro de la calle de Cortes, aplaude con justicia al autor y actores, haciéndoles salir al proscenio infinidad de veces.

CORRESPONDENCIA

Cachipín.—¡Válgate Dios por los muchachos sosos que quieren sentar plaza de graciosos!

E. C.—Madrid.—Sí, el decir que una composición me parece floja es contestar en tono despreciativo, sí, contesté en ese tono. Pero conste que no fué esa mi intención.

A. S. A.—¡Lindisimos! Venga la firma.

Cachiporra.—Con tinta litográfica y en papel *Palure*. Creo que se llama *Palure*.

E. R. de R.—Sevilla.—Serías, demasiado serías. Y conste que vale V. más que muchos que lucen la firma por ahí.

D. P.—Madrid. *Te deja, pues, libre desde hoy y no te sigo...*

Sí; más vale que la deje Vd.; sobre todo, si ha de seguirla con *octosílabos* por el estilo.

P. del O.—Tarrasa.—Fíjese Vd. y verá como la publicada es la exacta. *Bueno sino es buen*. Añada Vd. la *s*, y el *no* se convierte en *nos*. Y el resto, hasta terminar, creo que no ofrece dificultad.

D. G. T.—Madrid.—Por eso han muerto todos y por eso no ha muerto ni lleva trazas de morir *La Semana Cómica*. Porque en estas cosas hay que saber llevar un ten con ten. ¿Cree Vd. que si hubiéramos abierto la mano no estaría á estas horas agonizando el *erudítico*?

D. Leterero.—¡Por Dios! ¡Eso parece escrito para las señoritas de *El Fandango*!

T. Tera.—Y eso para los caballeros de *El Chisme*.

G. H.—Murcia.—Eso no. Eso parece escrito para *La Ilustración Archifúnebre*, ó para *El Eco Dulce* de Torredembarra.

A. C.—Madrid.—No; es que los cantares han de tener forzosamente *sabor* popular. Y si no, no son cantares.

Un extranjero.—No; español... y de Coria. Porque gastarse diez céntimos semanalmente para señalar incorrecciones, la mitad de ellas imaginarias...

El Péñis, M. R., *Querrien*, J. V., *Galeote*, E. D. I. y *Miquis* (Madrid).—*Aparecido*, P. F., *Palomino*, F. de T. R., *Un tranqui*, M. del V., *A Nafúl*, M. A., *Un tímido*, J. T., J. P. y C., *Findarito*, J. T. C., é *Ignavus* (Barcelona).—D. P. L. (Gijón).—C. L. Q., *Cachiporra* y *Un lector*.—Sevilla.—X. X. X.—J. S., M. M.—Valencia.—T. F. C.—Vigo.—M. O.—Zaragoza.—*Alavunay Armerach*.—M. C.—Bilbao.—F. C.—Alicante.—J. C.—Reus. y *Un suscriptor*.—Aranda de Duero.—No podemos publicarlas. Y no tomen Vds. á mal que no les diga por qué.

¡Así y todo, quedan más de cuarenta cartas por contestar!...

Cuadro de honor

CORRESPONSALES que nos deben y no nos pagan

	Ptas.
D. Ignacio Guerola, de Valencia	261
» P. García de Valladolid, de	
» Murcia.	152'68
» Severino Valdés, de Gijón . .	105'50
» Pedro Arnaez, de Avila . . .	106'88
» Ramón Perez, de Alcoy . . .	50'30
» E. Araujo Boderó, de Lugo. . .	64'50
» J. Julián, de Almería	30
» Juan J. del Aguila, de Vigo . .	46
» Manuel Garrigós, de Murcia .	65'40
» Constantino Vilasau, de Pala-	
» frugell.	
» Miguel Escobedo, de Novelda .	19,62
» Santiago Perez, de Cáceres . .	18

TOTAL. . . Pesetas 919'88

Imp. de Calzada, Arco del Teatro, 9, pasaje.

